



LIBRO I.

A ORILLAS DEL MAR.

(IDILIOS).

FLOR DEL ALBA

Las montañas de Occidente
La luna traspuso ya;
El gran lucero del alba
Mírase apenas brillar,
Al través de los nacientes
Rayos de luz matinal;
Bajo su manto de niebla

Gime soñoliento el mar,
 Y el céfiro en las praderas
 Tibio despertando va.
 De la sonrosada aurora
 Con la dulce claridad,
 Todo se anima y se mueve,
 Todo se siente agitar:
 El águila allá en las rocas
 Con fiereza y majestad
 Erguida ve el horizonte
 Por donde el sol nacerá;
 Mientras que el tigre gallardo,
 Y el receloso jaguar,
 Se alejan buscando asilo
 Del bosque en la oscuridad.
 Los alciones en bandadas
 Rasgando los aires van,
 Y el *madrugador* comienza
 Las aves á despertar:
 Aquí salta en las caobas
 El pomposo *cardenal*,
 Y alegres los guacamayos
 Aparecen más allá.
 El *aní* canta en los mangles,
 En el ébano el *turpial*,
 El *cenzontli* entre las ceibas,
 La alondra en el arrayán,
 En los maizales el tordo,

Y el mirlo en el arrozal.
 Desde su trono la orquídea
 Vierte de aroma un raudal;
 Con su guirnalda de nieve
 Se corona el guayacán;
 Abre el algodón sus rosas,
 El ilamo su azahar,
 Mientras que lluvia de aljófár
 Se ostenta en el cafetal,
 Y el nelumbio en los remansos
 Se inclina el agua á besar.
 Allá en la cabaña humilde
 Turban del sueño la paz
 En que el labriego reposa,
 Los gallos con su cantar;
 El anciano á la familia
 Despierta con tierno afán,
 Y la campana del *Barrio*
 Invita al cristiano á orar.
 Entonces, niña hechicera
 De la choza en el umbral
 Asoma, que *Flor del alba*
 La gente ha dado en llamar.
 El candor del cielo tiñe
 Su semblante virginal,
 Y la luz de la modestia
 Resplandece en su mirar.
 Alta, gallarda, y apenas

Quince abriles contará;
 De azabache es su cabello,
 Sus labios bermejos, más
 Que las flores del granado,
 La púrpura y el coral;
 Si sonríen blancas perlas
 Menudas hacen brillar.
 Ya sale airosa llevando
 El cántaro en el *y gual*,
 Sobre la erguida cabeza
 Que apenas mueve al andar.
 Cruza el sendero de mirtos,
 Y cabe un cañaverál
 Donde hay una cruz antigua
 Bajo el techo de un palmar,
 Plantada sobre las peñas
 Musgosas de un manantial,
 Arrodillada la niña
 Humilde se pone á orar,
 Al arroyuelo mezclando
 Sus lágrimas de piedad.
 Luego sube á la colina
 Desde donde se ve el mar;
 Y allí con mirada inquieta,
 Buscando afanosa está
 Una barca entre las brumas
 Que ahuyenta ledo el terral;
 Los campesinos alegres

Que á los maizales se van,
 Al verla así la bendicen,
 Y la arrojan al pasar
Maravillas olorosas
 De las cercas del *bajial*:
 Que es la bella *Flor del alba*,
 La dulce y buena deidad
 Que adoran los corazones
 De aquel humilde lugar.

1864.





LA SALIDA DEL SOL

Ya brotan del sol naciente
Los primeros resplandores,
Dorando las altas cimas
De los encumbrados montes.
Las neblinas de los valles
Hacia las alturas corren,
Y de las rocas se cuelgan
O en las cañadas se esconden.
En ascuas de oro convierten
Del astro-rey los fulgores,
Del mar que duerme tranquilo
Las mansas ondas salobres.
Sus hilos tiende el rocío
De diamantes tembladores,
En la alfombra de los prados
Y en el manto de los bosques.

Sobre la verde ladera
 Que esmaltan gallardas flores,
 Elevan su frente altiva
 Los enhiestos girasoles;
 Y las caléndulas rojas
 Vierten al pie sus olores.
 Las amarillas retamas
 Visten las colinas, donde
 Se ocultan pardas y alegres
 Las chozas de los pastores.
 Purpúrea el agua del río
 Lame de esmeralda el borde,
 Que con sus hojas encubren
 Los plátanos cimbradores;
 Mientras que allá en la montaña,
 Flotando en la peña enorme,
 La cascada se reviste
 Del iris con los colores.
 El ganado en las llanuras
 Trisca alegre, salta y corre;
 Cantan las aves, y zumban
 Mil insectos bullidores
 Que el rayo del sol anima,
 Que pronto mata la noche.
 En tanto el sol se levanta
 Sobre el lejano horizonte,
 Bajo la bóveda limpia
 De un cielo sereno Entonces

Sus fatigosas tareas
 Suspenden los labradores
 Y un santo respeto embarga
 Sus sencillos corazones.
 En el valle, en la floresta,
 En el mar, en todo el orbe
 Se escuchan himnos sagrados,
 Misteriosas oraciones;
 Porque el mundo en esta hora
 Es altar inmenso, en donde
 La gratitud de los seres
 Su tierno holocausto pone.
 Y Dios, que todos los días
 Ofrenda tan santa acoge,
 La enciende del Sol que nace
 Con los puros resplandores.

1863.





LOS NARANJOS

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del río,
Y en los naranjos en flor.

Del mamey el duro tronco
Picotea el carpintero,
V en el frondoso manguero
Canta su amor el turpial;

Y buscan miel las abejas
 En las piñas olorosas,
 Y pueblan las mariposas
 El florido cafetal.

Deja el baño, amada mía,
 Sal de la onda bullidora;
 Desde que alumbró la aurora
 Jugueteeas loca allí.
 ¿Acaso el genio que habita
 De ese río en los cristales,
 Te brinda delicias tales
 Que le prefieres á mí?

¡Ingrata! ¿por qué riendo
 Te apartas de la ribera?
 Ven pronto, que ya te espera
 Palpitando el corazón.
 ¿No ves que todo se agita,
 Todo despierta y florece?
 ¿No ves que todo enardece
 Mi deseo y mi pasión?

En los verdes tamarindos
 Se requiebran las palomas,
 Y en el nardo los aromas
 A beber las brisas van.
 ¿Tu corazón, por ventura,
 Esa sed de amor no siente,
 Que así se muestra inclemente
 A mi dulce y tierno afán?

¡Ah, no! perdona, bien mío;
 Cedés al fin á mi ruego,
 Y de la pasión el fuego
 Miro en tus ojos lucir.
 Ven, que tu amor, virgen bella,
 Néctar es para mi alma;
 Sin él, que mi pena calma,
 ¿Cómo pudiera vivir?

Ven y estréchame, no apartes
 Ya tus brazos de mi cuello,
 No ocultes el rostro bello
 Tímida huyendo de mí.

Oprímense nuestros labios
 En un beso eterno, ardiente,
 Y transcurran dulcemente
 Lentas las horas así.

.....
 En los verdes tamarindos
 Enmudecen las palomas;
 En los nardos no hay aromas
 Para los ambientes ya.
 Tú languideces; tus ojos
 Ha cerrado la fatiga
 Y tu seno, dulce amiga,
 Estremeciéndose está.

En la ribera del río
 Todo se agosta y desmaya;
 Las adelfas de la playa
 Se adormecen de calor.
 Voy el reposo á brindarte
 De trébol en esta alfombra,
 A la perfumada sombra
 De los naranjos en flor.



LAS ABEJAS

Ya que del carmen en la sombra amiga
 Fuego vertiendo el caluroso estío,
 A buscar un refugio nos obliga
 Cabe el remanso del sereno río;
 Ven, pobre amigo, ven, y descansando
 De la ribera sobre el musgo blando,
 Oirás del labio mío
 Palabras de amistad consoladoras
 Que calmarán la lúgubre tristeza
 Con que insensato en tu despecho lloras.

¡Lamentas de los duelos la crudeza,
 Tú, cuyos quietos y dorados días
 Aun alumbra risueña la esperanza;
 Tú cuya confianza,

Inocentes placeres y alegrías
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga
Con sus preciosos dones la fortuna,
Tú á quien el mundo seductor embriaga
Sus flores ofreciendo una por una;
Tú á quien la juventud, hermosa maga,
Dulcemente convida
A disfrutar la dicha tentadora
Que en sus ardientes frutos atesora
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
Del débil viejo la mejilla abrase,
Y que la espina del tenaz quebranto
Su congojado corazón traspase.

Tú, joyen, ¡á gozar! la sangre hirviente
Sientes bullir aún; la vida es bella,
Y en sus campos el sol resplandeciente
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? dí, ¿por qué inclinabas
Callando tristemente,
La dolorida frente?
¿A la pérfida acaso recordabas?

Inexperto doncel, ¿de qué te quejas?
¿Por qué llorando de la vil te alejas?
¿Qué ventura has perdido?
¿Qué tesoro escondido
En ese corazón perjuro dejas?
¿Por qué cuando en un día,
Primera vez miraste
De esa traidora la belleza impía,
El terrible fulgor no vislumbraste
De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa
Abriga esa mujer; vicio temprano,
Como á las gentes que en la corte habitan,
Ya corrompió su cotazón liviano;
Si amor á buscar fuiste
Entre el pérfido mundo cortesano,
Por eso ahora ¡ay triste!
Lloras el tiempo que perdiste en vano.
¡Amor allí no existe!
Allí cual frescas, perfumadas rosas,
Al corazón se ofrecen las hermosas.
¡Ay de quien su perfume
Aspira incauto, y de confianza lleno
Pronto en la duda y tedio se consume
Al negro influjo del mortal veneno.
Amor no existe allí! la dulce niña
Cuando asoma el pudor por vez primera

En su frente de ángel, y su pecho
 Sincero amando, palpar debiera,
 De infame corrupción con el ejemplo
 No al sentimiento puro le consagra,
 Porque del oro le convierte en templo.
 ¿Qué dicha, qué placeres
 Esperas tú encontrar de esas mujeres
 En el vendido seno
 A los ardores del cariño ajeno,
 Cuando su impura llama,
 Si nace, solamente
 Al soplo vil del interés se inflama?
 Huye la corte, amigo, y la ventura
 Ven á buscar aquí, do la inocencia
 Te ofrecerá en la flor de la hermosura
 Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
 Libando su dulzura
 Cambiará tu existencia;
 Del tedio sanarás que te aniquila,
 Y la virtud amando; suavemente
 Tu vida pasará cual la corriente
 De ese arroyo, tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores
 De ese carmen umbroso y escondido,
 Afanosas buscando las abejas
 El néctar delicioso, apetecido?
 Mira cuál van dejando desdeñosas,

De su brillo á pesar y su hermosura,
 Las flores venenosas.
 Ellas buscan quizá las más humildes,
 Las que ocultas tal vez en la espesura
 De las agrestes breñas
 Apenas se distinguen, ó en la oscura
 Grieta se esconden de las duras peñas:
 Ellas no creen que al ostentarse ufanas
 Aquellas que parecen
 Con mayor altivez y más colores,
 Sean también las que ofrecen
 Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,
 Pobre insecto, es verdad, pero dotado
 Por el pródigo cielo
 De un instinto sagaz y delicado;
 Y en el jardín del mundo,
 Si el néctar de la dicha librar quieres
 Para endulzar las penas de la vida,
 Deja la flor pomposa, envanecida,
 Que á la virtud con su soberbia insulta;
 Busca á la que se oculta
 Viviendo entre las sombras recogida.
 Una infame y perjura cortesana
 Tu corazón sedujo; tú la amaste,
 Y alimentando tu pasión insana
 Tu puro corazón envenenaste.

Olvídala, y que presto,
Ya despertando de tu error funesto,
Puedas hallar la miel de los amores
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegre
Nuestras montañas y risueños prados,
La que garbosa con diadema negra
De cabellos rizados
Su tersa frente candorosa ciñe,
Que el alba pura con sus lampos tiñe;
La de los grandes y rasgados ojos,
La de los frescos labios purpurinos
Que ríen, mostrando deslumbrantes perlas;
La de turgentes hombros y divinos,
Que la Venus de Gnido envidiaría;
Mírala, ¿no enloquece tu alma joven.
Como hace tiempo enloqueció la mía?
¿La faz de tu perjura es comparable,
Y su pálida tez marchita y fría
Do la salud y la color simula
Comprado afeite, con la faz rosada
De esta virgen del bosque,
Do la sangre purísima circula
Con el calor y el aire de los campos,
Y con la grata esencia
Que en su redor esparce la inocencia?
Díme, ¿á apagar su fuego esa mirada

Con el ansioso labio no provoca?
¿Quién al verla sonriendo no querría
Libar la miel de su encendida boca?
¿Quién no deseara con delirio ciego
Estrecharla en sus brazos un instante?
¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su seno blanco y palpitante?
¿Y dónde hallar la dicha que asegura
Su fe constante y pura?

Estas flores, amigo, ansioso busca;
Abeja del amor, y no te cuida
De los torpes placeres
Que te ofrece la corte corrompida,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida.





LAS AMAPOLAS

Uror.—Tíbulo.

El sol en medio del cielo
Derramando fuego está;
Las praderas de la costa
Se comienzan á abrasar,
Y se respira en las ramblas
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
Y en el sombrío manglar
Las tórtolas fatigadas
Han enmudecido ya;
Ni la más ligera brisa
Viene el bosque á jugar.

Aitamirano.—4

Todo reposa en la tierra,
 Todo callándose vá,
 Y sólo de cuando en cuando
 Ronco, imponente y fugaz,
 Se oye el lejano bramido
 De los tumbos de la mar.

A las orillas del río,
 Entre el verde carrizal,
 Asema una bella joven
 De linda y morena faz;
 Siguiéndola va un mancebo
 Que con delirante afán
 Ciñe su ligero tallé,
 Y así le comienza hablar:

—“Ten piedad, hermosa mía,
 Del ardor que me devora,
 Y que está avivando impía
 Con su llama abrasadora
 Esta luz de Mediodía.

Todo suspira sediento,
 Todo lánguido desmaya,
 Todo gime soñoliento:
 El río, el ave y el viento
 Sobre la desierta playa,

Duermen las tiernas mimosas
 En los bordes del torrente,
 Mustias se tuercen las rosas,
 Inclinando perezosas
 Su rojo cáliz turgente.

Piden sombra á los mangüeros
 Los floripondios tostados;
 Tibios están los senderos
 En los bosques perfumados
 De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
 De calor desvanecidas,
 Humedecen sus corolas
 En las cristalinas olas
 De las aguas adormidas.

Todo invitarnos parece
 Yo me abraso de deseos;
 Mi corazón se estremece,
 Y ese sol de Junio acrece
 Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;
 En busca de sombra vamos
 Al fondo del bosque umbrío,
 Y un paraíso finjamos
 En los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
Al pie de los platanares
Por el remanso bañado,
Un lecho te he preparado
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura
Sobre la espalda morena;
Muestra la esbelta cintura
Y que forme la onda pura
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;
Confundámon nuestras almas
En un beso, en un aliento.....
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

Mientras que las amapolas,
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas."—

Así dice amante el joven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo.....y nada más.

Entre las palmas se pierden;
Y del día al declinar,
Salen del espeso bosque,
A tiempo que empiezan ya
Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde
Tornando á la vida va;
Y entre los alegres ruidos;
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.

Junio, 1858.

